

¿Existe Dios?

E.
MIRET
MAGDA
LENA

CUANDO Carter y Brejnev se encontraron por primera vez en Austria, este último le dijo al Presidente americano: "Si fracasamos en nuestras conversaciones, Dios no nos lo perdonará".

Sea cual fuere la intención que tuvo el premier soviético, esa frase nunca pudo salir de los labios de un dirigente ruso en tiempo de Lenin ni en el de Stalin. Por eso esta pequeña e intrascendente anécdota es síntoma de algo muy profundo: el fin del ateísmo soviético militante.

Del mismo modo que una expresión chocante de un gran pensador marxista, Ernst Bloch, complementa ese signo de nuestra época cambiante. En su inteligente y profunda obra "El ateísmo en el cristianismo" observa: "Sólo un verdadero ateo puede ser cristiano". Y es verdad, porque el cristianismo tenía que limpiarse de la hojarasca religiosa inauténtica que le han prestado muchos falsos creyentes, lavándose el cerebro por medio de la presión del ateísmo.

¿Qué es todo esto sino señal de que la oposición ateísmo-cristianismo está a punto de ser superada? El ateísmo político de los grandes forjadores de la Rusia comunista no ha conducido a la supresión de lo religioso en el hombre, y el ateísmo secularizador de Occidente ha tenido un resultado positivo, lavando el cerebro de los ingenuos hombres religiosos de ayer para redescubrir en la distancia aquel valor de todo lo que es espiritual y que el fundador del cristianismo predicó con su palabra y con su ejemplo. Estamos a punto de ser liberados de una vez, por arte de esta profunda crítica, de los enmascaramientos eclesásticos tiranizadores del hombre.

Si: yo soy optimista, y creo —con Ortega— que Dios está a la vista, pero con una imagen totalmente nueva y depurada, si se le compara con la que nos sirvió la ininteligente religión hispana difundida por la política conservadora de ayer y progresista de hoy.

El creyente del futuro debe tener como norte de su vida realizar los dos consejos de Nietzsche. El primero, "mirar las cosas a la cara", y el segundo, "tener el coraje de la desnudez".

Si, hemos de hacer un esfuerzo por aceptar toda realidad, por amarga que sea para los creyentes. Y hemos también

de ser valientes para vivir esa "nada" depuradora de complejos tiranizantes, esa "desnudez" que recomendaron a una Nietzsche y San Juan de la Cruz.

El problema de Dios hemos de reconocer lealmente que es un problema y no sólo un misterio, como hábilmente quiso escamotearlo el filósofo católico Gabriel Marcel.

Küng, el valiente teólogo católico y pensador independiente, quiere hacer ver a los hombres de hoy esto mismo en su nuevo libro "¿Existe Dios?" (Editorial Cristiandad). Los humanos se encuentran en una problemática encrucijada, porque el simplismo antirreligioso de ayer ya no les convence, ni tampoco el atezador programa que las Iglesias en general han difundido hasta ahora. Por eso queremos salir airoso de la inestable cuerda floja del agnosticismo en que se encuentra el hombre que piensa, y que tanto se ha difundido últimamente entre los que se inquietan por lo humano.

Existe —aunque está apagada por el ruido envolvente de nuestra civilización— una instancia, una fuerza íntima que se manifiesta en el interior del hombre, que brota de su inmanencia cuando se profundiza en ella; sentimos, cuando entramos serenamente dentro de nosotros mismos, una experiencia que desborda los límites de nuestro pequeño mundo y nos abre a la trascendencia. De una forma o de otra, el ateo Ernst Bloch se acercó a esta experiencia, aunque se quedó colgado de un hilo sobre el vacío al creer que podía existir un imposible "trascender sin trascendencia": una acción superadora sin soporte coherente que la explicase convincentemente.

El planteamiento de lo religioso no puede ser ciertamente un bonito ejercicio aséptico del intelecto, ni se puede encerrar en los estrechos límites de una discusión académica, ni menos todavía de una tertulia de ingenio como las antiguas chácharas de café. La apologética apasionada a favor o en contra de la religión es incluso más humana que este ejercicio de "snobs" que algunos todavía pretenden.

Por eso tengo que alabar las casi mil páginas de la apasionante y clara lectura de Küng, por las que pasan no sólo los argumentos racionales, sino los avata-

res humanos de los grandes pensadores religiosos o irreligiosos de la historia occidental. Sobre todo —y eso es lo más agudo del libro—, ahí está admirablemente resumido el gran aporte de los filósofos de la ciencia y de los filósofos analíticos, que han tratado del problema de Dios de un modo renovado que hace meditar.

Y todo se concentra en ese capítulo decisivo titulado "Alternativa al nihilismo", en donde teoría y práctica, idea y acción, se unen como previeron en el siglo pasado dos pensadores tan diferentes como el ateo Marx y el católico Blondel. O como hoy ha analizado el último Husserl en la actitud "práxica" que adoptan la ciencia y el pensamiento más profundo de hoy. Lo mismo que hizo el místico, confiado en el resultado creador y práctico del lavado de cerebro lingüístico, que se llamó Wittgenstein.

Toda la entraña de la existencia de Dios está en esa confluencia que se produce en la praxis, en la que al comprometerse el creyente, si profundiza intelectualmente en su experiencia, le aflora la justificación humana y racional. Es éste un riesgo que ha de correr al entregarse, pero a los que creemos nos ha merecido la pena lanzarnos por ese camino.

El libro de este teólogo discutido es el intento católico más inteligente y más completo para dar una solución y una justificación al problema de Dios. Y hay que leerlo sin apasionamiento sectario, considerando lo que al principio decía: si Dios existe, lo descubriremos solamente a través de la experiencia religiosa profunda, de la que brotará ese trascender nuestros límites que, tras su vivencia, iluminará el frío razonamiento que ayer San Anselmo y hoy el teólogo Küng o el físico Whittaker desarrollaron. Sólo así el creyente tendrá la convicción vital y racional de este nuevo Dios. ■